COL BUCHANAN

Y quedarán las sombras

El corazón del mundo

LIBRO SEGUNDO

minotauro

Para mis hermanos

El hombre bueno y el hombre malo son un solo hombre,
que se yergue como la sombra entre el día y la noche.

Zeziké

SACRO
EL LANSTRADA
Demondé
Tharsí
Tíbré
Q'os
Skul
Palo-Valetta
Palo-Reef
Exanse
MARKESH
MAR
Las-Alamos
Palo-Cruz
Puerto Cheem
ISLAS VERDES
CHEEM
OCÉANO OCCIDENTAL
Palo-Terido
Víndholm
Asgar
MINOS
SERAT
Al-Coros
Asgunda
Skara-Brae
COROS
Cortlan
NATHAL
Maroot
Toín
Lago de las Aves
COSTA PÉRDIDA
CORDILLERA DE LOS ARADÈRES
Athage
ALTO CHAR
CLIMA
Templado y húmedo
Frío y húmedo
Seco
Desierto de hielo
Desierto de arena
PRONUNCIACIÓN
è: como una í larga

IMPERIO DE MANN
Palo-Layon
ALTO PASH
Yasboa
Skansk
GHAZNI
Palo-Fortuna
BRUILÉ
Masheen
Aral
Corchiba
Palo-Santarema
MIDÈRES
Ta'if
CALIFATO ALHAZÍ
LAGOS
Almariz
COSTA ROJA
PUERTOS LIBRES MERCIANOS
Al-Minos
Al-Salina
SALINA
MAR
SARGASSI
KHOS
Al-Coraxa
CORAXA
Al-Khos
Bar-Khos
Bairat
Zanzahar
Sheaf
Rual
Osh
Carse
TILANA
PATHIA
Orene
Ho
Drum
MAR
DE LAS
DUDAS
Elba Blanco
Elba Rojo
Lucksore
EL GRAN SILENCIO

PRÓLOGO

La Senda Luminosa

La pradera que se extendía hasta el horizonte y más allá evocaba el mar. El cielo les inundaba los ojos allí donde posaran la mirada, y las lunas gemelas colgaban solitarias en lo alto, bañadas por la luz lechosa del día; la más pequeña, de un apagado color blanco; la mayor, de un azul pálido. Ambas con el penumbroso contorno de su nítida forma circular recordando a cualquier observador consciente o dotado de imaginación que el mundo de Eres también era una esfera monstruosa dando tumbos en el vacío; y que ellos giraban con él.

–¡Gracias al Necio que hoy no hace viento! –exclamó Kosh, sentado con elegancia en la silla de su zel de batalla–. No habría soportado otra ventolera abrasadora.

–Ni yo –replicó Ash, que arrancó la mirada de las lunas remotas y pestañeó como si regresara tanto en sí como al mundo de los mortales.

El día era bochornoso; el aire titilaba sobre la hierba corta y gruesa que separaba ambos ejércitos y las ondas de calor daban una sensación de proximidad irreal al macizo negruzco y resplandeciente formado por la caballería enemiga.

Ash chasqueó la lengua cuando su zel volvió a sacudir la cabeza con nerviosismo. Él no era tan buen jinete como Kosh; además, su montura era joven y todavía no había sido puesta a prueba. Ash ni siquiera la había bautizado. Su zel anterior, el viejo *Asa*, había caído con el corazón desgarrado durante la última escaramuza al este de Car. Aquel día el olor a carne chamuscada había flotado pesado sobre el campo de batalla, alimentado por los cuerpos de los yashi enemigos quemados vivos en el incendio

que Ash y sus camaradas habían provocado en sus filas y que el viento se había encargado de propagar. Después, con el rostro tiznado surcado de lágrimas, había llorado la muerte de su zel con la misma pena con la que había llorado la de sus camaradas caídos ese día.

Ash se inclinó y frotó el cuello del joven zel con la mano enguantada. «Mira a esos dos –intentó decir telepáticamente al animal, mirando de reojo la figura inmóvil que componían Kosh y su montura–. Mira lo orgullosos que se les ve.»

El zel se alzó sobre las patas traseras.

–Tranquilo, chico –dijo Ash, acariciándole el cuello musculoso, aplanándole el hirsuto pelaje negro azabache con vetas blancas.

El zel por fin paró quieto, expulsó el miedo con una serie de resoplidos y se calmó.

La silla de cuero crujió debajo de Ash cuando éste se enderezó. A su lado, Kosh descorchó un odre y le dio un trago largo; soltó un grito ahogado y se secó la boca.

–No me vendría mal algo más fuerte –refunfuñó.

En un gesto revelador, en vez de ofrecer el odre a Ash, lo arrojó a su hijo, su escudero, que estaba descalzo en el suelo detrás de él.

–¿Todavía estás dolido? –le preguntó Ash.

–Lo único que digo es que podrías haberme dejado un poco.

Ash gruñó entre dientes; se inclinó entre ambas monturas y escupió al suelo. Las briznas secas de hierba se dilataron y crujieron mientras absorbían la repentina fuente de hidratación. El mismo ruido de fondo constante se oía por toda la llanura, como si estuviera cayendo una lluvia de granos de arroz crudos sobre las tejas de un tejado, como si ambos ejércitos hubieran formado un coro para hacer eso mismo: escupir sobre la hierba que se extendía bajo sus pies.

Se volvió a su derecha y llevó la mirada más allá de la cabeza de Lin, su hijo y escudero, que permanecía sumido en su habitual ensimismamiento. A lo largo de la línea, otras monturas hacían cabriolas agitadas por la tensión mientras recibían las atenciones de sus jinetes. Los zels advertían el olor que despedían –y que llegaba arrastrado por las intermitentes ráfagas de brisa– las panteras de batalla enemigas, aunque sus jinetes las mantenían a raya en las lejanas filas que desplegaban frente a ellos en aquel paraje sin nombre del Mar de Viento y Hierba.

Ese día el Ejército Popular Revolucionario era inferior en número. Pero siempre era inferior en número, y ello no les había impedido aprender a derrotar a un enemigo que confiaba demasiado en los reclutas malhumorados y en las formas jerarquizadas de hacer la guerra recogidas en el ancestral *Venerable tratado de la guerra*. Ese día, la confianza en sí mismos de los viejos contendientes era evidente mientras aguardaban el comienzo de la lucha. Todos sabían que la suerte ya estaba echada; todo lo que habían podido reunir ambos ejércitos se hallaba allí para el enfrentamiento final.

Un grito se alzó y se propagó por las filas de soldados. El general Osho, líder de la Senda Luminosa, emergió a medio galope a lomos de su zel azabache de entre los hombres que ese día fijarían el extremo del flanco izquierdo de la formación principal. Empuñaba una lanza en la que, por encima del remolino de polvo que levantaban los cascos de su montura, ondeaba una bandera roja con una imagen bordada: una ninshi de un solo ojo, patrona de los desposeídos. La bandera se agitaba y crepitaba como una llama.

Osho cabalgaba con el garbo de quien sale a primera hora de la mañana para dar un paseo por mero placer, con la misma confianza en sí mismo que el resto de los veteranos que componían el ala de la formación. La estrategia que iban a seguir era de lo más sensato, y había sido propuesta por el mismísimo general Nisan, comandante en jefe del ejército y héroe militar de la revolución. Una mayoría abrumadora había votado a favor del plan durante la asamblea general del ejército que se había celebrado la noche anterior.

El grueso de las fuerzas actuaba como cebo para las huestes enemigas de los Pulsos, infinitamente superiores en número. Con los amagos en los flancos se pretendía enredar el predecible Ala de Cisne de los caudillos para que el verdadero golpe mortal fuera asestado por la nutrida caballería del ala del general Shin, los Estrellas Negras, que permanecían agazapados en las hierbas altas al sudoeste, inmediatamente detrás de la posición de la Senda Luminosa. Una vez que todas las alas de la formación enemiga se hallaran inmersas en la acción, los Estrellas Negras acometerían un ataque relámpago y se apoderarían del núcleo del ejercito rival desde la retaguardia aprovechando la confusión, con la esperanza de provocar la desbandada de las fuerzas ene-

migas tal como había ocurrido en incontables ocasiones durante los últimos tiempos.

–¡Hoy es el día, hermanos! –bramó con arrebato el general Osho–. ¡Hoy es el día!

A su paso, los hombres enarbolaban sus lanzas y rugían. Incluso Ash, poco dado a mostrar abiertamente su entusiasmo, sintió una oleada de orgullo viendo a los hombres gritar con pasión y alzar los puños en respuesta a su general, su hijo entre ellos.

Una nube de polvo envolvió al general cuando detuvo su zel de batalla. La montura giró dando unos pasos de baile para encarar las lejanas filas enemigas, y nada más posar su mirada en ellas, el zel resopló y sacudió la cola. Osho y Chancer esperaron a que se hiciera el silencio.

–Por las pelotas del Necio, espero que no se equivoque –gruñó Kosh dirigiendo una mueca a su carismático líder–. Ya es hora de enviar a esos chicos de vuelta a casa junto a sus madres, ¿no te parece?

Era una pregunta que no requería respuesta.

A su alrededor retumbaban las fustas con las que los daojos golpeaban las grupas de los zels mientras bramaban a sus hombres que se apretaran más y mantuvieran la formación, y les repetían las órdenes y las instrucciones básicas para la lucha.

–He oído que los caudillos han ofrecido un cofre lleno de diamantes a los generales de nuestro ejército que estén dispuestos a poner pies en polvorosa.

Ash espantó una mosca que se le había posado en la mejilla.

–¡Uf! ¿Y cuándo no han intentado comprarnos? Hoy no iba a ser diferente.

–¡Ah! Pero hoy es el día.

Ambos rieron entre dientes. Tenían la garganta irritada por el humo de las pipas y de las hogueras de la noche anterior.

Las palabras de Ash eran ciertas. Durante los primeros días de la revolución, cuando el Ejército Popular Revolucionario apenas si era un batiburrillo de guerreros con escasa cohesión y confianza en sus posibilidades que todavía no contaba en su haber con victorias reseñables, los caudillos habían ofrecido a cada uno de los soldados que formaban el ejército una pequeña fortuna en diamantes para que desertaran y cambiaran de bando.

Algunos –muchos, a decir verdad– se habían pasado a las filas de los caudillos. Pero aquellos que habían rechazado la oferta,

que se habían quedado para luchar a pesar del repentino giro que había dado su situación, habían encontrado unas fuerzas inesperadas en el rechazo común a venderse a quienes deseaban poseerlos y explotarlos. Entre los soldados, cuya moral se había visto mermada por el hambre, las cuantiosas bajas y la amenaza constante de caer prisioneros o muertos, cundió un ánimo renovado, un sentimiento de unidad fraternal que supuso el auténtico inicio de su causa. A partir de ese momento, con paso lento pero firme, las tornas empezaron a girar.

–Da la impresión de que estuviéramos acercándonos al final, ¿no te parece? –señaló Kosh.

–Para bien o para mal –replicó Ash, bajando la mirada hacia su hijo.

Lin permanecía ajeno a los ojos escrutadores de su padre, sujetando el haz de lanzas de repuesto con las puntas hacia arriba y con el escudo de mimbre de recambio terciado a la espalda. Tenía los ojos completamente abiertos, con el gesto de asombro propio de un muchacho de catorce años; en sus pupilas oscuras se reflejaban los rayos del sol, y el blanco de sus ojos estaba inyectado de sangre debido al abundante alcohol ingerido la noche anterior. El muchacho se había quedado hasta tarde junto a una de las hogueras del campamento, bromeando y cantando con voz gutural en compañía de los escuderos veteranos del ala.

Ash pensó para sí que Lin era un chico muy distinto del pilluelo que se había presentado titubeando en el campamento base hacía dos años, después de haberse escapado para reunirse con su padre y servirle como escudero. El niño había aparecido descalzo y con los pies destrozados tras una caminata que no habrían osado emprender la mayoría de los hombres hechos y derechos.

¿Y todo ello por qué? Pues por amor y respeto a un padre que no había soportado tenerlo ante sus ojos.

Ash sintió una repentina opresión en el pecho, una abrumadora sensación de lástima, y le sobrevino la necesidad imperiosa de tocar a su hijo, de posar en él una mano tranquilizadora tal como había hecho con su zel unos momentos antes. Levantó la mano enguantada de la perilla de la silla de montar y la alargó hacia el muchacho.

Lin levantó la mirada, y Ash contempló las cejas tupidas y la nariz respingona que siempre le evocaban el recuerdo de la ma-

dre del chico y su familia, a quienes había acabado despreciando profundamente. Aquellos rasgos no tenían nada que ver con los suyos.

La mano de Ash se detuvo a medio camino y ambos se quedaron mirándola durante unos instantes, suspendida en el aire, como si simbolizara todo aquello que se había interpuesto entre ellos.

–Agua –masculló Ash, a pesar de que no tenía sed.

El muchacho levantó el odre hinchado hacia él sin decir palabra.

Ash tomó un sorbo del agua tibia y de mal sabor, se enjuagó la boca, tragó una pizca y escupió el resto. La hierba extremadamente seca que recibió el agua soltó un susurro sibilante y crepitó. Ash devolvió el odre a Lin y se enderezó sobre la silla, furioso consigo mismo.

–Ya vienen –anunció Kosh.

–Ya lo veo.

Una alfombra de polvo empezó a levantarse en el aire delante de todo el frente enemigo. Los yashi se adelantaron al trote sin perder la formación, con sus estandartes prendidos de la espalda de los jinetes, ondeando en lo alto con los colores de cada ala, en dirección a los emplazamientos asignados. Sonaron los cuernos, y el aullido de los remolinos de aire resonó como una llamada para los muertos; el ruido se extendió lenta y cadenciosamente entre las filas del Ejército Popular Revolucionario. El zel de Ash volvió a agitarse con un bufido.

Sólo en ese flanco, las fuerzas de los caudillos sumaban al menos veinte mil unidades y formaban un macizo que se extendía hacia la derecha en dirección al lejano centro de la línea de batalla. El sol bañaba las armaduras negras de los soldados, de cuyos yelmos sobresalían altos penachos. Miles de puntas metálicas destellaban bajo los rayos del sol en medio de la nube de polvo que levantaba el ejército al avanzar y, a su paso, los zels desintegraban con sus cascos aquella hierba extremadamente seca y la convertían en algo similar a polvos de talco.

De la hierba que se extendía delante de los yashi surgieron nubes de mariposas, de moscas y de pájaros que súbitamente se elevaban chillando y aleteando sobre las cabezas del Ejército Popular Revolucionario, en tal número que la temperatura del aire descendió momentáneamente bajo su sombra.

Debajo, los zels resoplaron y pusieron los ojos en blanco mientras una lluvia de plumas sueltas y de pegotes de guano se precipitaba sobre ellos. Lin se cubrió la cabeza con el escudo de mimbre; otros siguieron su ejemplo a lo largo de la línea, de tal modo que dio la impresión de que estaban cobijándose de una súbita lluvia de proyectiles. Los veteranos soltaron burlas, e incluso risotadas, algo insólito de escuchar dada la proximidad de la batalla.

Ash se pasó la mano por la frente y escudriñó a los curtidos hombres que formaban la Senda Luminosa, el ala del ejército en la que él luchaba desde hacía ya más de cuatro años; él mismo, a sus treinta y cuatro años, ya era todo un veterano. El ala estaba compuesta por seis mil unidades de infantería montada; los soldados llevaban puestos unos sencillos casquetes de piel atados en torno a las orejas, unos pañuelos de caballería blancos anudados alrededor de sus rostros negros y unas gafas de madera que les protegían los ojos del sol. La mayoría de ellos habían pintado hacía tiempo en las capas protectoras franjas blancas a imagen y semejanza de los zels con los que convivían y sobre los que luchaban, y las habían adornado con piezas dentales del enemigo a modo de amuleto. Ash entornó los ojos y llevó la mirada más allá de aquellos hombres, hacia la línea curva que trazaba el resto del ejército, la amalgama multitudinaria de las distintas alas.

Ash se preguntó cuántos de aquellos hombres regresarían junto a sus familias y retomarían sus vidas si ese día se alzaban con la victoria. Con el paso de los años, la revolución se había convertido en una forma de vida, sangrienta y cruel, para todos ellos, y el Ejército Popular en su hogar y su familia. ¿Cómo llevarían el hecho de bajarse de la silla de montar y de romper los lazos que se habían creado entre ellos, de renunciar a la adrenalina que les proporcionaba la lucha cuando retornaran a sus granjas y a sus existencias ordinarias y prosaicas cargados de pesadillas y de largas miradas de despedida?

Supuso que averiguaría la respuesta por sí mismo. Si ese día ganaban, y él y Lin sobrevivían, regresaría con su hijo a su hogar en Asa, en las cumbres de las montañas del norte, junto a la esposa que no veía desde hacía años; ambos intentarían olvidar las cosas horribles que habían visto y hecho en el nombre de su causa. Sin embargo, también echaría de menos aquella vida. Estaba convencido de que aquello se le daba mejor que representar el papel de cabeza de familia.

Notaba el cinturón con la plegaria ceñido al abdomen como si fuera un vendaje de lino, y la oración escrita con tinta apretada contra su piel sudada. Sujeta entre las correas llevaba una carta de su esposa que le habían entregado la semana anterior. Sus palabras, grabadas en un delgado pergamino, le rogaban una vez más que la perdonara.

–Padre –le reclamó su hijo, situado junto a él, mientras el enemigo seguía acercándose. El muchacho, con el rostro bañado en sudor, sujetaba en alto una de las lanzas.

Ash la cogió, así como el escudo. A su lado, el hijo de Kosh lo imitó.

–¿Estás preparado? –le preguntó Ash con un amago de ternura.

Sin embargo, el joven frunció el ceño y se inclinó para escupir del mismo modo que a veces hacía su padre.

–Daré la cara, si eso es lo que pregunta –aseveró dando una muestra de madurez, si bien todavía conservaba su voz de niño; su tono revelaba cierta rabia como respuesta a la insinuación velada de que fuera a salir huyendo, tal como había hecho durante su primera batalla de verdad superado por las circunstancias.

–Lo sé. Sólo quería saber si estabas preparado.

El muchacho torció el gesto, y su mirada se suavizó justo antes de que la desviara hacia la distancia.

–Permanece retrasado, junto al chico de Kosh. No acudas a mi lado a menos que yo te lo indique, ¿me has oído?

–Sí, padre –respondió Lin, que aguardó con los ojos fijos en Ash, como a la espera de más instrucciones.

Ash notaba la carta de su esposa fría contra su estómago.

–Me alegro de que estés aquí, hijo –se oyó decir Ash, aunque su garganta parecía negarse a dejar salir las palabras–. Es decir… a mi lado.

Lin lo obsequió con una sonrisa.

–Entiendo, padre.

El joven dio media vuelta y se alejó con parsimonia. Ash se lo quedó mirando mientras se producía el goteo de escuderos que abandonaban la línea para retroceder a la retaguardia. El hijo de Kosh se arrimó a Lin y le propinó una palmada en la espalda: un gesto de broma copiado de su padre.

Los yashi emprendieron la carga.

Ash se cubrió los ojos con las gafas y el rostro con el pañuelo.

Notaba por todo el cuerpo las vibraciones del suelo, que se propagaban por los huesos y los músculos de su zel hasta llegar a él. Como el resto de los hombres que componían la formación, lanzó una mirada al general Osho, pero éste todavía no se decidía a hacer ningún movimiento.

–Valor –dijo Ash en dirección a Kosh.

Kosh se embozó el rostro con su pañuelo. Por algún extraño motivo evitó que su mirada alcanzara a Ash. Probablemente jamás volverían a luchar codo con codo como estaban a punto de hacer ese día: como camaradas, como hermanos, como chiflados defensores de la revolución.

–Valor, hermano –replicó Kosh con su voz atenuada por el pañuelo.

Ambos asieron con fuerza las riendas de sus zels cuando el general Osho apuntó con la ojiva de su arma al enemigo, cada vez más próximo. Ash enarboló su lanza y su montura arrancó al galope.

Todos los hombres que formaban la Senda Luminosa salieron tras él rugiendo al unísono.